

BANDERAS QUE HAN ONDEADO EN EL MORRO DE LA HABANA

LA INGLESA

Veintitrés años antes de que España tuviese como bandera nacional la gualda y roja — y fuese ésta, por tanto, la de Cuba — otra enseña ondeó oficialmente en la Isla durante algunos meses: la de Inglaterra.

En efecto, el 8 de septiembre de 1762, el Cabildo de La Habana, en nombre de la ciudad, ante el Conde de Albemarle, juró "obediencia y fidelidad a D. Jorge III, Rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda, durante el tiempo que estuviere sujeta a su dominio", como consecuencia de la rendición de la plaza a las fuerzas unidas del ejército y la escuadra británicos, mandadas, respectivamente, por el dicho Albemarle y Sir George Pocock, que sitiaron y atacaron la ciudad desde el 7 de junio, episodio el más sonado de la guerra estallada ese mismo año entre España e Inglaterra.

El pabellón británico fué plantado en las almenas de El Morro el 30 de julio, por el propio General Keppel, después de herido mortalmente don Luis de Velasco, el heroico comandante de dicha fortaleza; muerto, abrazado a su bandera, el Marqués González y herido el segundo Comandante Bartolomé Montes.

En uno de los diarios ingleses de las operaciones contra La Habana — del que ofrecen sendas traducciones en español Antonio José Valdés, en su *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana* ⁽⁴⁾ y Antonio Bachiller y Morales en *Cuba: monografía histórica* ⁽⁵⁾ — no se recoge el hecho de haberse izado la bandera inglesa en El Morro, después de tomado éste, expresándose sí, que

la posesión de El Morro nos ha costado 44 días de constante lucha, desde el primero que comenzamos las operaciones, y en este tiempo los españoles han

perdido mil hombres, aunque es verdad que también se ha derramado bastante sangre nuestra.

En otro diario de un oficial inglés, editado en Londres ese mismo año, y cuya traducción también publica Bachiller, tampoco se precisa dicho hecho. Pero el Conde de Albemarle, en su carta de 21 de agosto, al Conde Egremont, dándole cuenta de la capitulación de La Habana, al referirse a la toma de El Morro, el día 30 del mes anterior, refiere:

Cometería yo una injusticia respecto al honor y crédito de las tropas de Su Majestad como al mayor general Keppel, que dirigió el ataque, si no los mencionara de un modo particular a su Señoría. Nuestras minas se hicieron estallar como a la una, abriendo una brecha transitable exactamente por una fila de hombres de frente; el enemigo se lanzó sobre la misma, animado por una visible determinación de defenderla; el ataque fué tan vigoroso y violento que el enemigo fué arrojado instantáneamente de la brecha y el estandarte de Su Majestad quedó sobre el bastión. No envié a su Señoría ninguna manifestación particular con esta buena noticia, porque estaba seguro de que lo que ha sucedido pronto sería la consecuencia de nuestro éxito en El Morro.

El historiador Valdés, en su obra citada, siguiendo la relación de la toma de El Morro que da Bartolomé Montes, dice ⁽⁶⁾: "El día 30 (de julio) después del medio día se rindió el castillo de El Morro... Antes de las tres de aquella tarde se vió tremolar el pabellón inglés en el castillo". Guiteras, basándose en el mismo relato, expresa ⁽⁷⁾:

Sin jefes ya ni fuerzas para combatir los pocos valientes que allí quedaban, el general Keppel, que había llegado con gente de refresco y estaba en posesión

de la batería de San Nicolás, se adelantó con los suyos y plantó el pabellón británico en las almenas del castillo, anunciando al consejo de guerra que había perdido la segunda llave de la defensa de la ciudad, y que la hora se acercaba en que vería también ondear en sus murallas el pabellón que acababa de plantar sobre la tumba gloriosa de tantos valientes, dignos de mejores jefes.

Pero la bandera inglesa no flameó en señal de dominio, en toda la Isla, sino en parte limitada de ella, desde el cabo de San Antonio hasta la provincia de Matanzas, en realidad sobre los límites de la ciudad de La Habana.

Los habitantes del resto de la Isla, regido por el Gobernador don Lorenzo Madariaga, con residencia en Santiago de Cuba, continuaron contemplando la bandera del Rey Carlos III en fortalezas y edificios oficiales.

En la parte de la Isla que permaneció bajo el dominio español, se manifestó análoga repulsa que en La Habana, contra los ingleses invasores, sobresaliendo entre todas las poblaciones cubanas, en esta actitud antibritánica, Trinidad.

Emilio Sánchez y Sánchez, Francisco Marín Villafuerte, Gerardo Castellanos G., los máximos historiadores de dicha región villareña, recogen las noticias de los numerosos asaltos de piratas y corsarios que la misma sufrió en épocas diversas.

El inglés John Springer saqueó la ciudad en 1675, imponiendo crecido rescate a sus moradores. En 1702 otro pirata inglés intentó atacarla, pero los trinitarios la abandonaron, refugiándose, con sus más valiosas pertenencias, en la loma de San Juan de Letrán.

Estas depredaciones y amenazas — dice Castellanos — levantaron el espíritu bélico, que “fomentó un estado de defensa, así como la organización de una flotilla de cuatro embarcaciones artilladas que hacían guardia fija en Casilda”.

No es de esta ocasión el citar menudamente todas y cada una de las que bien pueden calificarse de acciones bélicas, libradas por los trinitarios contra piratas y corsarios, muchos de ellos ingleses. Baste mencionar el apresamiento, en 1739, por el Sargento Mayor Teniente de Guerra Martín Olivera, de una balandra y una goleta inglesa; y la posterior persecución, por el habanero, vecindado en Trinidad, Pedro José Armenteros y Poveda, de siete barcos ingleses que amenazaron atacar la ciudad.

Entrenados ya, como se ve, en estas lides contra los corsarios y piratas, no es de extrañar que cuando el ataque a La Habana, en 1762, de Albemarle y Pocock, el Gobernador de Trinidad, Antonio María de la Torre, de familia habanera, ordenase el envío a nuestra Capital de dos compañías mandadas por

el Comandante de guardacostas Juan Benito Luján, que participó brillantemente en el asalto a la loma de La Cabaña, mientras quedaba encargado de la defensa de Trinidad el sucesor de Luján, ya citado, Armenteros Poveda, que levantó trincheras en el paso del río Guaurabo y en la punta de San Pedro.

Refiere Marín Villafuerte en su *Historia de Trinidad* ⁽⁸⁾, que

tan eficaz preparación dió como resultado que en 4 de septiembre de 1762 fueran batidos los ingleses al presentarse siete buques de guerra frente al puerto, dejando en poder de los heroicos milicianos trinitarios un pequeño cañón, que vino a dar origen al escudo de Trinidad conjuntamente con la bandera inglesa que, en 21 de julio de 1797, también fué arrebatada a buques ingleses al atacar esta plaza.

Envalentonados con su gran triunfo sobre los ingleses, los ediles trinitarios rechazaron la intimación que en 27 de septiembre de 1762 dirigió al Ayuntamiento el Conde de Albemarle, desde La Habana, para que se sometieran a la dominación británica, manifestándole que

la capitulación de esa plaza no incluye la de ésta... y la guerra en que estamos nos obliga como fieles vasallos de S. M. Católica defendernos hasta perder el último extremo de vida, esto executaremos si V. pretendiese atacarnos, lo que le participamos como comisarios del expresado Ayuntamiento.

Y así lo cumplieron los trinitarios. El Teniente reformado Borrell, al cumplir una misión que se le confió para el auxilio de La Habana, “se enfrentó — dice Marín Villafuerte ⁽⁹⁾ — con un corsario inglés, apresando el buque enemigo, quemándolo y echando la gente a Manzanillo”.

Deja constancia el citado historiador, de que en las ruinas del fuerte de San Pedro, que defendía la ciudad, entre los cañones que aún aparecen allí, uno de ellos ⁽¹⁰⁾

tiene en su parte anterior y en bajo relieve una corona Real inglesa y una inscripción que dice *George Rex*, lo que hace suponer que es un trofeo de guerra y que fué una de las piezas de artillería quitadas a los ingleses.

Y se lamenta de que “permanezca en una playa abandonada, como abandonado también anda por los rincones de la Casa Consistorial, el cañoncito arrebatado a los ingleses en 1762”.

En cuanto a la bandera o banderas conquistadas a los ingleses en 1797, a que se alude en el párrafo que hemos transcrito de Marín Villafuerte, el mismo

historiador da cuenta de que gobernando a Trinidad el Teniente Coronel de infantería don Luis Alejandro Bassecourt, dos bergantines y una fragata de guerra ingleses, a pesar de los cañones del castillo de San Pedro, penetraron en la bahía de Casilda, iniciando las hostilidades con éxito, pues se apoderaron de un corsario casildeño y un barco francés, pero Bassecourt reunió las milicias, atacó a los ingleses, impidiendo su desembarco y yendo al abordaje de los barcos, lo que produjo que los ingleses reembarcaran su gente precipitadamente, "dejando en poder de los triunfantes trinitarios armas, pertrechos y valiosos trofeos".

Esa bandera fué remitida por Bassecourt al Capitán General de la Isla, Conde de Santa Clara, para que la enviase a la Corte, pero dicha autoridad dispuso que la conservase la ciudad de Trinidad, según aparece de la comunicación siguiente leída en cabillo de 9 de septiembre de 1797, y de la que obtuvo en 1949 copia certificada, que nos ha facilitado, nuestro compañero Manuel I. Mesa Rodríguez:

Siendo el día muy aventurado, la Remisión a la Corte con motivo de la Guerra de la Bandera Inglesa que usted me remitió, que fué aprehendida en la retirada en ese Puerto a estos buques de esta Nación el día 21 de julio anterior, he determinado devolverla a Ud. como lo hago, para que haciéndole presente a ese Ayuntamiento, se pueda poner en la Iglesia Mayor de esa Villa, en memoria de aquella acción, y que la tengan a la vista esos habitantes, un monumento debido a su distinguido mérito, en defensa de las Armas del Rey y de su Patria.

Dios Grc. A. Vm. Ms. As. Habana 31 de agosto de 1797.

Conde de Santa Clara.

De esta bandera y otros trofeos colocados en la Iglesia Parroquial de Trinidad, afirma Marín Vllafuerte ⁽¹¹⁾, "conviene decir que fueron víctimas de la incuria de los trinitarios y de la destrucción del tiempo".

Pero, fué tal la nombradía que por su heroísmo en rechazar a los enemigos alcanzó Trinidad, que al demandar se le concediera escudo de armas, en éste se hicieron aparecer, además del jigüe bajo el cual se celebró la primera misa, y otros símbolos rememorativos de hechos históricos, los cañones y banderas apresados a los ingleses.

Así, la bandera inglesa, aunque no ya como enseña oficial de esta Isla ni señal de dominio sobre la misma, sino, por el contrario, rememorando heroicas victorias alcanzadas sobre la Gran Bretaña, subsiste en nuestros días, orlando el escudo de la ciudad de Trinidad, en la provincia de Las Villas.

Bueno es recordar que jamás, durante esos meses de dominación inglesa, los habitantes de La Habana, ya fueran peninsulares o nacidos en la Isla, se consideraron súbditos británicos ni miraron con buenos ojos la bandera inglesa, sino que, como españoles, amantes de su patria, que todos se sentían, y como católicos creyentes y fervorosos que eran, hombres y mujeres trataron a los ingleses conquistadores como enemigos de su patria y su religión, adoptando generalmente contra ellos franca hostilidad, que hicieron aún más aguda las exacciones que a la Iglesia y a la ciudad impusieron George Keppel, Conde de Albemarle, y su hermano Guillermo Keppel, que ocuparon el gobierno con el título de Capitán General y Gobernador de la Isla.

Así lo pone de relieve el más interesante de los documentos que sobre la actitud de los habaneros contra la dominación británica, ha llegado hasta nosotros: la carta en que un sacerdote jesuita de La Habana dió cuenta, en 12 de diciembre de 1763, al Prefecto de la Compañía, en Sevilla, de la toma de la plaza por los ingleses, de la que entresacamos este párrafo, en el que se hace referencia a la bandera británica:

No es ponderable el dolor que recibió toda la ciudad con la pérdida de El Morro: eran las 4 de la tarde y aún mirando tremolar en él la bandera de S. Jorge no se creía todavía, hasta que por orden del Gobernador vimos romper el fuego de todas las baterías de la plaza contra el mismo escudo en que estaban antes nuestras esperanzas;

dolor que llegó al paroxismo cuando se rindió la ciudad:

el dolor de los vecinos y naturales de la plaza al ver entregar su patria, excede a las palabras, y si bien dudo decir en obsequio de la verdad, que con el tiempo ya no se hallaban muchos tan mal entre una nación que se portó no tan mal con nosotros, sino mejor de lo que nos podíamos prometer, sin embargo, fué inexplicable el dolor de estos primeros días. Enarboláronse en los navíos las banderas inglesas...

La enseña británica fué arriada definitivamente del Castillo de El Morro de La Habana, al verificarse la restauración española el 6 de julio de 1763, como resultado del tratado de paz, cuyos artículos preliminares se firmaron en Fontainebleau el 3 de noviembre de 1762 y fué concertado definitivamente en París, el 10 de febrero de 1763, en el que se convenía la devolución a España de La Habana y otras posesiones suyas que estuviesen en poder de Inglaterra, mediante varias cesiones y concesiones que aquella nación hacía a ésta.

El nuevo Capitán General designado por el Rey Carlos III, don Ambrosio Torres de Villalpando Abarca de Bolea, Conde de Ricla, llegó al puerto de La Habana — según aparece en la carta dirigida en 21 de julio de 1763 por la Administración de la Real Compañía de esta ciudad a don Diego José de Cosa, Secretario de la Comisión establecida en Madrid — el 20 de junio, en horas de la tarde, en compañía de la escuadra del Rey. Todos permanecieron en los barcos, a petición del Gobernador inglés, excepto el Conde de Ricla, que se alojó en una casa de campo en la zona de extramuros, donde convino con los Generales ingleses la forma en que se realizaría el cambio de mandos. Los días 4, 5 y 6 de julio desembarcaron las fuerzas españolas, quedando todas en extramuros. A las cinco del día 6 entraron en la ciudad, ocupando las guardias que iban abandonando los ingleses, y los Castillos de El Morro y La Punta,

y antes de la noche quedó hecha la entrega total y embarcado el General inglés con todas sus tropas, y los días 9 y 10 se hicieron a la vela todos los navíos ingleses a excepción de cinco embarcaciones comerciales que han quedado en este puerto, sin duda por el permiso que se les ha concedido de diez y ocho meses para despachar sus géneros.

El Conde de Ricla fué recibido por el Cabildo de La Habana en sesión extraordinaria de 7 de dicho mes, tomando oficialmente posesión de ese alto cargo, celebrándose durante varios días, con iluminaciones, bailes y otras fiestas, la restauración del dominio español en toda la Isla.

La restitución de La Habana a los españoles, se efectuó — según aparece en la carta antes citada —,

sin haber habido el menor alboroto, ni encuentro entre nuestras tropas y las inglesas mediante las acertadas providencias de nuestro Excmo. Sor Comandante, bien no se han podido remediar algunas muertes, que han hecho los negros españoles entre los ingleses que encontraban por las calles.

LA NORTEAMERICANA DE LAS BARRAS Y LAS ESTRELLAS

Iniciada el 21 de abril de 1898 la Guerra Hispano-cubanoamericana — epílogo de nuestra Gran Guerra Libertadora de los Treinta Años — con el envío por el Gobierno español de sus pasaportes al Ministro norteamericano en Madrid, Stewart L. Woodford, lo que produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas entre ambas naciones y la movilización militar y naval de las mismas, y terminada con la derrota total de las armas españolas por el Lugar

teniente General del Ejército Libertador Calixto García Iñiguez, las fuerzas norteamericanas prescindieron, de entonces en lo adelante, de quienes habían sido factores decisivos en la victoria obtenida, negociando directamente, el 16 de julio, con las españolas, el armisticio y la capitulación de la ciudad de Santiago de Cuba, firmando el Tratado de Paz, en París, el 10 de diciembre, sólo los plenipotenciarios de España y los Estados Unidos.

Ya desde fecha anterior comenzó en la Isla la repatriación de las tropas españolas y la sustitución, realizada libremente por los militares norteamericanos, de las autoridades en aquellas localidades en que había cesado el dominio oficial hispano.

El 10 de septiembre se reunieron, por primera vez, en La Habana, las comisiones militares española y norteamericana de evacuación, integrada la primera por el General Segundo Cabo Julián González Parrado, el Almirante Vicente Manterola y el Licenciado Rafael Montoro, Marqués de Montoro, Secretario de Hacienda del Gobierno Autonomista, actuando de Secretario el Auditor Manuel Girante y de intérprete el Comandante J. Benítez; y la segunda por el Almirante William T. Sampson y los Mayores Generales James T. Wade y M. C. Butler, figurando de Secretario el General J. W. Clous, y de intérprete el Capitán Hart.

Comenzaron a llegar a la Isla las personalidades norteamericanas destinadas a ocupar los altos cargos administrativos, sus familiares y auxiliares.

No obstante las incertidumbres sobre el porvenir de la patria, el pueblo se dispuso a festejar el cese de la dominación española y el inicio de la etapa, que esperaba fuera provisional, de la intervención, antesala de la República.

Al efecto, el Comité Patriótico de La Habana solicitó autorización del Mayor General W. Ludlow, Comandante de la Plaza, para celebrar durante esa semana, con festejos públicos, el cambio de bandera, lo que le fué negado, en 29 de diciembre, por dicha autoridad militar, para "evitar el desorden y conservar la paz pública, supremo deber de todos durante este crítico período", aunque declarando que

las autoridades americanas simpatizan plenamente con el sentimiento cubano de alegría y al propio tiempo, más adelante, cuando la situación se halle más consolidada, tendrán placer en promover y tomar parte en los proyectos de festejos, pero están convencidos de que el momento actual no es adecuado ni oportuno para ello.

Análoga actitud se adoptó en las demás localidades de la Isla, por lo que el pueblo tuvo que conformarse con el papel de espectador de los actos oficiales del cambio de banderas.

A romper esa severa frialdad oficial, contribuyó desde antes de tomar posesión de su alto cargo de Gobernador de la Isla, el Mayor General John R. Brooke, que poniendo de relieve su propósito, cumplido a plenitud durante toda su ejemplar administración, de cordializar con el pueblo, en general, y con los miembros del Ejército Libertador, en particular, invitó expresamente, en unión de los Generales Lee y Ludlow, a los Generales cubanos residentes en esta provincia, para que acudiesen a las 11 de la mañana del día 1º de enero próximo, al *Hotel Inglaterra*, "con uniforme y armas, si lo estimaban conveniente", a fin de acompañarles en el solemne acto de traspaso de poderes. Los oficiales cubanos contestaron agradeciendo esa distinción y ofreciendo asistir a la ceremonia algunos de ellos.

Por su parte, Perfecto Lacoste, Presidente de la Junta Patriótica, dirigió al pueblo de Cuba, el día 31 de diciembre, la siguiente exhortación:

A las 12 del día de mañana se realiza el acto más solemne y trascendental que nuestra historia puede registrar: en ese instante la bandera que por cuatro centurias flotó sobre la Isla de Cuba, llegando a ser por torpezas y codicias, símbolo de opresión y tiranía; desaparece para siempre; irguiéndose en la misma asta el pabellón estrellado a cuya sombra sólo la libertad y el derecho deben germinar, y bajo cuya égida la estrella solitaria ha de irradiar en breve sobre los ciudadanos de la Nación cubana, independiente por el esfuerzo de sus hijos y la voluntad de una gran nación. En ese instante supremo el sentimiento cubano debe levantar al cielo azul de la patria los emblemas de su ideal y los que acredita su gratitud, dando en tranquila demostración de profundo regocijo, prueba plena de su capacidad para el ejercicio de la libertad. ¡Cubanos! ¡A las 12 del día de mañana, al resonar el primer cañonazo que señala la terminación del dominio español en Cuba, engalanemos nuestras casas!

El Generalísimo Máximo Gómez, que se encontraba acampado en su Cuartel General en *Narcisa*, término de Yaguajay, dirigió con fecha 29 una proclama al pueblo cubano y al ejército, "pública explicación de mi conducta y de mis propósitos, siempre, según mi criterio, en bien del país a que sirvo".

En ella da a conocer como ha cumplido la resolución que tomó al firmarse la paz y que creyó un deber:

no moverme, sin un objeto político determinado, del lugar en donde disparé el último tiro y envainé mi espada, y mientras el ejército enemigo no abandonase por completo la Isla, para no perturbar, quizás con mi presencia, el reposo y la calma necesarios para

consolidar la paz, ni molestar, tampoco, a los cubanos con manifestaciones de júbilo innecesarias.

Agrega el Generalísimo que cree próximo a terminarse el período de transición con el ejercicio por el Gobierno de los Estados Unidos de la soberanía entera de la Isla, "ni libre ni independiente todavía"; situación que, a fin de que termine en el más breve tiempo posible y sea sustituida por la constitución del gobierno propio del país, a lograrlo deben dedicarse todos inmediatamente, siendo antes preciso la disolución del Ejército Libertador, una vez

que se lleven a feliz término las negociaciones comenzadas para satisfacer en la medida de lo equitativo la deuda que con sus servidores ha contraído el país.

Entonces, todos los que constituían dicho ejército irán a "formar en las filas del pueblo".

Advertía, por último, a los cubanos que

mientras todo esto queda resuelto, guardaré mi situación de espera en el punto que crea más conveniente, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a que he consagrado toda mi vida.

Desde las primeras horas de la mañana del 1º de enero de 1899, fueron las tropas norteamericanas ocupando las plazas y calles principales de la ciudad de La Habana, y el pueblo madrugó también para presenciar, sin perder detalles, los actos trascendentales que debían realizarse ese día, marcado en las páginas de la historia como el día final de la dominación española en el Nuevo Mundo.

El General Fitzhugh Lee, al frente de la división del 7º Cuerpo, compuesta de 7,500 hombres, se situó a todo lo largo de la calzada de San Lázaro, recibiendo a su paso los aplausos y aclamaciones del público por las simpatías de que gozaba debido a su generosa actuación, a favor de los cubanos, durante el tiempo que desempeñó el consulado general de su país en La Habana.

Como es natural, los lugares de mayor aglomeración popular eran la Plaza de Armas y sus alrededores la Cortina de Valdés y el litoral del puerto, pues desde ellos podían presenciarse los actos simbólicos del cambio de gobierno que se iba a efectuar: la sustitución de la bandera española por la norteamericana en el Palacio del Gobierno y en la fortaleza de El Morro, respectivamente.

Cuidaban del orden en la Plaza de Armas y las calles de Obispo y O'Reilly tropas norteamericanas del 8º y 10º regimientos regulares, que impedían el tránsito del público por aquellos lugares, desde las 10 de la mañana.

La segunda compañía del regimiento español número 38, al mando del Comandante don Rafael Salamanca, montaba la guardia de Palacio.

Faltando quince minutos para las doce llegaron en lujosos carruajes las nuevas autoridades de Cuba, así como los Generales cubanos, José María Rodríguez, José Miguel Gómez, Mario G. Menocal, José Lacret Morlot, Alberto Nodarse, Rafael de Cárdenas y Leyte Vidal, con los Coroneles Valiente y Sánchez Agramonte.

También concurrieron el Cónsul inglés Mr. Jerome y el señor Aróstegui.

En el Salón del Trono recibió a todos el General Jiménez Castellanos, acompañado de su Estado Mayor, de los señores Girauta y del Teniente Coronel Benítez, intérprete de la Comisión española de evacuación. La mitad del Salón estaba ocupada por los jefes americanos y la otra parte por los españoles. En el espacio que entre ellos mediaba estaba el Capitán Hart, intérprete oficial de la Comisión americana de evacuación, la cual también concurrió.

Cuando empezaron a sonar en el reloj del Palacio de Gobierno las campanadas de las 12, una salva de 21 cañonazos saludó la enseña hispana que descendía del mástil, izándose después, con iguales honores militares, la bandera norteamericana, por el Mayor Butler, el Capitán Page, el Sargento Schelemer y el soldado Gínoles. Las bandas de música ofrecieron también su homenaje a ambas enseñas nacionales con los acordes de la Marcha Real y del Himno Nacional estadounidense.

El General Jiménez Castellanos leyó el siguiente documento de entrega de poderes al General Brooke:

Señor: En cumplimiento de lo estipulado en el Tratado de Paz, de lo convenido por las Comisiones militares de evacuación, y de las órdenes de mi Rey, cesa de existir desde este momento, hoy, 1º de enero de 1899, a las doce del día, la soberanía de España en la Isla de Cuba, y empieza la de los Estados Unidos. Declaro a usted, por lo tanto, en el mando de la Isla y en perfecta libertad de ejercerlo, agregando que seré yo el primero en respetar lo que usted determine. Restablecida como está la paz entre nuestros respectivos Gobiernos, prometo a usted que guardaré al de los Estados Unidos todo el respeto debido, y espero que las buenas relaciones ya existentes entre nuestros ejércitos continuarán en el mismo pie hasta que termine definitivamente la evacuación de este territorio por los que estén bajo mis órdenes.

A su vez, el General Brooke le contestó:

Señor: En nombre del Gobierno y del Presidente de los Estados Unidos, acepto este grande encargo, y

deseo a usted y a los valientes que lo acompañan que regresen felizmente a sus hogares patrios. ¡Quiera el cielo que la prosperidad los acompañe a ustedes por todas partes!

El repórter de *La Lucha* — Caballero — refiere que el General Jiménez Castellanos, que vestía un modesto traje de rayadillo de hilo, llevando como única insignia el fajín encarnado, al despedirse de las personas reunidas en el Salón del Trono,

las fuerzas le faltaron, las lágrimas corrieron por sus mejillas y solamente pudo decir con voz que ahogados sollozos hacía temblorosa: "Señores, me he encontrado en más combates que pelos tengo en la cabeza, nunca en ellos desmayó mi espíritu; pero hoy, ya no puedo más... ¡Adiós, señores!" Y con paso precipitado salió del Salón y bajó las escaleras acompañado por los Generales y Comisionados americanos, en profundo silencio ante aquella prueba de verdadero dolor. La guardia americana de la puerta de Palacio le hizo los honores al salir, lo mismo que la tropa que cubría la línea hasta el muelle de la Capitanía del Puerto.

Y agrega:

Acompañaron a Jiménez Castellanos hasta el muelle el General Clous y el Capitán Hart.

Allí lo esperaba la falúa con dos lujosas banderas: una de España y otra de la insignia de su cargo.

Antes de embarcar dijo al General Clous: "—General, yo le aprecio verdaderamente, lo único que le deseo a usted antes de partir, es que no tenga usted que atravesar un trance como el que yo estoy pasando".

El General Clous lo abrazó y dieron vivas a España y al General Jiménez Castellanos que fueron repetidos por las tropas.

Apunta el citado repórter que

solamente asistieron al acto de la entrega del Gobierno, en el Salón del Trono, representantes de los periódicos de los Estados Unidos, y de La Habana únicamente el de *La Lucha*, pues era requisito indispensable para entrar en Palacio una invitación del General Ludlow. He aquí los nombres de los que asistieron: Mr. Reading, por el *New York Herald*; Mr. Roberts, por la *Prensa Asociada*; Mr. Scovel, por el *World*; Mr. Nichols, por el *Journal* y el Sr. Caballero por *La Lucha*.

Aunque la sede oficial del Gobierno español en Cuba era el Palacio de los Capitanes Generales, terminado de construir en 1790, durante el mando de don Luis de las Casas, el primero que lo habitó, fué

en dicho edificio donde se realizó, el 1º de enero de 1899, el acto trascendental del cambio de poderes entre los representantes de España y de los Estados Unidos, con el consiguiente cambio de banderas, según acabamos de relatar. No menor significación tenía, especialmente para el pueblo, la similar ceremonia que, a la misma hora — 12 del día — se efectuó en el viejo Castillo de los Tres Reyes de El Morro, centinela de piedra que se alza a la entrada del puerto de La Habana, y que ya había visto ondear en 1762-63, durante cerca de un año la bandera británica.

Refiere *La Lucha*, de esta Capital, en su número de 2 de enero de aquel año, que

cuando faltaban pocos minutos para las doce, el numeroso público que estaba situado en el Paseo del Prado y en la plazoleta, se dirigió en compacta muchedumbre a La Punta para presenciar el cambio de banderas en El Morro.

En una de las astas que allí se levantaban, entre la torre de la farola y la caseta de los semaforistas, flotaba una bandera española de unos veinte pies de largo. Allí se encontraban algunos militares españoles y americanos y otras personas, atentos todos a la hora fijada para la solemne ceremonia.

El repórter del referido diario anota que "en el público reinaba un silencio absoluto". Y agrega:

Muchos dirigían la mirada con sus anteojos a la vieja fortaleza, donde se había de llevar a cabo el trascendental suceso, y otros, con el ánimo suspenso, tenían fija la vista en sus relojes, aguardando el instante supremo. Fué un momento de verdadera expectación.

A las doce en punto se inició la salva de doce cañonazos con que la marina norteamericana daba el postrer saludo a la soberanía española en Cuba, simbolizada por la bandera gualda y roja. Muy pocos minutos después — tres, fija el repórter — era arriada dicha enseña, por los Artilleros españoles Juan Figarola Roca, Bartolomé Barros y el Cabo de Guardia Juan Roig, e izada, en el asta del centro, por el Teniente norteamericano Wade, hijo del Presidente de la Comisión Norteamericana de Evacuación, la bandera de las franjas y las estrellas de los Estados Unidos.

Entonces — dice el periodista — el pueblo, movido como por un resorte eléctrico, prorrumpió en aclamaciones, en vivas a Cuba, a los Estados Unidos, al Ejército Cubano y Americano, y surgieron banderas de todas las manos y el bullicio y el estruendo fué extraordinario en toda la plaza y en todo el paseo... Y mezclado con todo este ruido de abajo, cohetes, vola-

dores y globos que al quemarse desprendían vistosas banderas cubanas que flotaban alegres sobre el espacio hacia el Parque Central.

En la fortaleza de La Cabaña izaron la bandera norteamericana el Teniente Lee, hijo del General de dicho apellido, y Harrison, hijo del Expresidente de los Estados Unidos. Rafael Martínez Ortiz, en su obra *Cuba. Los primeros años de independencia*⁽¹²⁾, dice que "la cuerda con la cual había sido arriada la española guardóla el segundo como recuerdo del hecho memorable".

El Morro y La Cabaña los entregó el Teniente Coronel de Artillería, Guillermo Cavestany y González.

Mientras era izada la enseña norteamericana en estas dos fortalezas, fuerzas de dicha nación, situadas del otro lado de la bahía, junto a la Capitanía del Puerto, ejecutaron varias piezas musicales.

Las salvas de honor fueron hechas por los cruceros *Brooklyn, Texas, Cincinnati, Topeka, Resolute* y *Castine*. Junto a El Morro había cuatro remolcadores americanos.

Afirma *La Lucha* que el primer buque entrado en puerto después de izada la bandera de los Estados Unidos, fué el vapor noruego *Kitty*, procedente de Mobila, con carga general.

A la misma hora que en el Palacio de Gobierno y en El Morro y La Cabaña y demás fortalezas, fué arriada la bandera española e izada la norteamericana, en los edificios públicos nacionales y municipales.

LA CUBANA DEL TRIANGULO ROJO Y LA ESTRELLA SOLITARIA

A pesar de que yo no había cumplido trece años, conservo indeleble el recuerdo del 20 de mayo de 1902. Vivía en el Paseo del Prado (el que no se denominaba aún Paseo de Martí, lo que realizó el Ayuntamiento el 7 de noviembre de 1904), casi esquina a la calle de Colón. Desde la azotea pude presenciar, en unión de mis familiares, el cambio de la bandera americana por la cubana en El Morro, y fui testigo, en el recorrido que con mis padres hice por calles y plazas, del desbordado regocijo popular, matizado por conmovedoras escenas: muchos abrazos, incontables "vivas" a Cuba Libre y a la República, así como a los Estados Unidos, contemplando también cómo las lágrimas brotaban de los ojos de hombres y mujeres, especialmente de mambrises libertadores que veían, ¡al fin!, convertido en realidad ese sueño de la independencia por el que tanto sufrieron y tanto lucharon en la manigua insurrecta, en las prisiones y en la emigración.

Pero, volvamos al 20 de mayo de 1902, no sin antes expresar que el día 16 le fué ofrecido al General Wood y al ejército norteamericano un gran banquete de despedida en el *Teatro de Tacón*, que presidió el General Máximo Gómez, correspondiendo a ese agasajo el Gobernador y su esposa con un baile en Palacio. El 18 tuvo efecto una efusiva manifestación popular. El 19 se consagró a recordar la ascensión a la inmortalidad, en el campo de Dos Ríos, de José Martí.

Y desde las 12 de la noche, al iniciarse el día 20, el pueblo se desbordó por calles y plazas. Y — refiere Martínez Ortiz —

la aurora encontró a la ciudad vestida de gala; los lazos negros que sombreaban al atardecer las banderas, habían desaparecido, y en los topes lucían ellas acariciadas por los céfiros matutinos; ora débiles las dejaban caer en pliegues perezosos sobre las astas, ora las extendían ondulantes cobijando la ciudad bajo su sombra. En las calles principales el tránsito se hacía difícil: en la Plaza de Armas y el Malecón era imposible.

Para los millares y millares de cubanos nacidos después del 20 de mayo de 1902, les ha de ser interesante y provechoso conocer el contraste que Martínez Ortiz ofrece en su libro mencionado, entre esta fecha y la del 1º de enero de 1899, porque ambos cuadros reflejan fielmente la diversa actitud de nuestro pueblo, ante el cese de la soberanía española en Cuba e inicio de la intervención norteamericana, y al contemplar ya realizado, el ideal de la independencia y constituida la República.

Fué el primero de enero de 1899 — dice —

un día de invierno con sus nubes, su temperatura desapacible, sus olas agitadas rompiendo enfurecidas sobre los acantilados; fué éste (el 20 de mayo de 1902), día de primavera con su limpidez de cielo, su perfume de flores en el aire, su mar dormida, acariciando con sus aguas los bordes de los arrecifes. En los corazones cubanos se mezclaron en tropel confuso, entonces, la alegría con el respeto al derrumbe de un imperio, en tanto que los españoles llevaban en sus rostros contraídos o mustios la expresión de la pena que les agobiaba el alma; los propios interventores sintieron también la solemnidad del desastre, y como Escipión al llorar sobre las ruinas de Cartago, seguramente se conmovieron al poner término en América a la soberanía española. El 20 de mayo fué muy distinto; la alegría era general y era legítima; palpaban los cubanos sus ensueños; solazábanse los españoles viendo arriarse el símbolo de sus humillaciones; escribían los norteamericanos una de las páginas más hermosas de su historia, y retornaban a su patria cargados de gloria y de bendiciones.

Revalorados ya históricamente hechos y actitudes, causas y razones de esas dos fechas trascendentales, los que las hemos historiado en sus antecedentes y consecuencias y fuimos, además, aunque niños, testigos presenciales del espectáculo que ofreció La Habana, en una y otra, podemos afirmar que el 20 de mayo de 1902, el pueblo olvidó por veinticuatro horas, y dió por bien padecidos, todos los sacrificios de treinta años de lucha por la independencia y la libertad, y no pensó en los males ocasionados por el despotismo español, ni en la indiferencia de los Estados del Continente, ni en el agravio de la capitulación de Santiago, ni en su ausencia de las Conferencias de Paz de París, ni en las zozobras de los años de intervención, ni en la imposición de la Enmienda Platt: sólo vió que ya flameaba en el Palacio de la Plaza de Armas, en El Morro y en las demás fortalezas y edificios públicos, su bandera, la bandera del triángulo rojo con su estrella solitaria, "la bandera más linda del mundo". Y se sintió satisfecho y esperanzado de que ocupase la vieja residencia de los Capitanes Generales de la Colonia, un Presidente cubano. Y ese pueblo que, mayoritariamente, estuvo al lado del Ejército Libertador en la última etapa de nuestra Guerra de los Treinta Años, celebró ahora, en La Habana y en toda la Isla, con fervoroso entusiasmo el advenimiento de la República, de la que consideró que sería "su" República...

El repórter de *La Discusión*, Guillermo Valdés Portela, refiere que desde las primeras horas de la mañana numeroso público se situó en la Plaza de Armas y en la Capitanía del Puerto para presenciar el cambio de banderas en el Palacio y El Morro.

Cumpliendo órdenes del General Wood, sólo se permitió el estacionamiento frente al edificio del Segundo Cabo, donde se instaló el Senado, y en la acera de la calle de Obispo.

A las 11 y 10 llegaron a la Plaza de Armas, con su banda y al toque de cornetas, varias compañías del Séptimo Regimiento de Caballería norteamericano, con la bandera del cuerpo y la de su nación.

Inmediatamente entraron en la Plaza tres compañías del Cuerpo de Artillería cubano, mandadas por los Capitanes Martí, Martín Poey, Varona y Pujol, situándose frente al Palacio.

En éste se hallaban desde temprano el Gobernador Wood y su Estado Mayor, vestidos de gala, y el General Máximo Gómez.

Poco después fueron apareciendo los demás invitados: los Cónsules extranjeros; los Secretarios del Despacho del Gobierno Interventor, señores Tamayo, Lacoste, Villalón, Varela Jado, Cancio y Varona; los Magistrados del Tribunal Supremo y de la Audiencia; los Profesores de la Universidad y del Instituto...

El Presidente Tomás Estrada Palma se presentó a las 11.35 acompañado de los que serían sus primeros Secretarios: Yero, García Montes, Tamayo, Zaldo, Terry y Díaz, y de sus Ayudantes, Capitán Coppinger y Teniente de la Torriente. Todos fueron recibidos en la puerta del Palacio por los Ayudantes del General Wood, Carpenter y Hanna, acompañándolos hasta el Salón del Trono de los Capitanes Generales. (Los muebles de este Salón, mudos testigos de los cambios de poderes de España a Norteamérica y de Norteamérica a Cuba, se conservan en el Museo de la Ciudad de La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, Plaza de la Catedral).

El Vicepresidente de la República, Luis Estévez y Romero, y los miembros del Congreso, hicieron acto de presencia momentos después.

Señala el repórter de *La Discusión* que también presenciaron la trasmisión de poderes, entre otras personalidades cubanas y norteamericanas: William Jennings Bryan, J. Jennings, el Arzobispo Francisco de Paula Barnada, los Generales Demetrio Castillo Duany y Alejandro Rodríguez, los señores F. Camba y Luis V. Abad. Por su parte, el repórter de *La Lucha*, Felipe Taboada, da por presentes también: al Administrador Eclesiástico de la Diócesis de La Habana, Monseñor Broderick, al Senador americano Masson y a representaciones de la *Sociedad Económica, Academia de Pintura, Cámara de Comercio, Movimiento Económico, Centro de la Propiedad Urbana* y otras corporaciones y sociedades.

A las 12 menos 5 minutos, el Gobernador Wood, frente al Presidente Estrada Palma, leyó la carta que con fecha 10 de mayo, le dirigió el Presidente Teodoro Roosevelt al Presidente y al Congreso de la República de Cuba; y el documento de entrega del Gobierno, asomando ya la inmediata aplicación de la Enmienda Platt o Apéndice Constitucional al señalarle que estaban comprendidos en el artículo 5º de dicho Apéndice el cumplimiento de varios contratos de obras públicas y los reglamentos de Sanidad para la ciudad de La Habana y de Cuarentena en diversos puertos, así como se le llamaba la atención que "el Gobierno de Isla de Pinos continuará como un gobierno de facto", hasta que se resolviera sobre el *status* de dicha Isla.

El Presidente Estrada Palma leyó otro documento, dándose por recibido del gobierno de la Isla, de la carta de Roosevelt y de las imposiciones señaladas por Wood, que hemos mencionado.

A las 12 y 10 dió el General Wood la orden del cambio de banderas. Y, lentamente, fué arriada la de las barras y las estrellas e izada la de la estrella solitaria, entre el tronar de las descargas militares y los vítores del pueblo.

El cambio de banderas el 1º de enero de 1899, fué para nuestro pueblo en El Morro de La Habana, y no en el Palacio de la Plaza de Armas, donde tuvo verdadero valor simbólico, al arriarse la enseña española e izarse la norteamericana, la transformación política nacional; de mucha mayor significación y trascendencia popular gozó, el 20 de mayo de 1902, la ceremonia efectuada en la vieja fortaleza que sirve de atalaya a esta Capital, que la que tuvo efecto en la residencia oficial de los máximos gobernantes de la Isla.

Abonaba aún más esa preferencia, el hecho de que el pueblo siempre materializó su aspiración independentista, la meta soñada del triunfo de la causa revolucionaria libertadora, en poder contemplar, allí, en el mástil de El Morro, flotando, acariciada por la brisa marina, la adorada enseña de la estrella solitaria.

Así, esa aspiración popular, unánime, fué expresada en la copla que dice:

*Estrellita solitaria
de mi bandera cubana,
¡cuándo te veré brillar
en El Morro de La Habana!*

Y, seguramente, a la mayoría de nuestro pueblo importó poco, en esa fecha memorable, lo que ocurría en el Palacio que desde las 12 de dicho día quedó convertido en Palacio Presidencial. Era en El Morro donde tenía esplendorosa culminación el ideal de aquella "Cuba Libre e Independiente", por el que varias generaciones de patriotas ofrendaron sus vidas en el campo de la lucha armada, en las prisiones, frente al pelotón de fusilamiento, sobre el tablado del patíbulo, víctimas de la bala o el machete asesinos, en las emigraciones...

Así se comprueba plenamente leyendo las informaciones de los diarios habaneros publicadas el día 21.

La Lucha pinta de este modo el desbordamiento de la muchedumbre en el litoral de la bahía, frente a El Morro y a la entrada del puerto:

En medio de la más grande expectación, en presencia de más de cien mil almas que llenaban el litoral, que atestaban las azoteas, que rebosaban el malecón, derramándose sobre los arrecifes que besa el mar al romper sus olas, se efectuó el acto grandioso, sublime, incomparable, de izarse en El Morro la bandera cubana. Numerosas embarcaciones pequeñas, botes y guadaños y algunos remolcadores llenaban la bahía junto al arrecife de El Morro.

Y el cuadro que ofrece *La Discusión* es el siguiente:

El aspecto que presentaba La Habana era encantador. Los edificios todos cubiertos de banderas y colgaduras; los miradores y azoteas llenos de gente; el malecón de la Punta, los muelles, la Capitania, todo el litoral del puerto desaparecía bajo la masa del pueblo que se apiñaba hasta la orilla del agua...

El repórter de dicho periódico refiere que desde muy temprano se lanzó a la calle en busca de noticias e impresiones, y que

a las 8, transitaba ya por todas partes un gentío inmenso que, en oleadas compactas se movía en dirección al litoral del mar, para ocupar los puntos más convenientes desde los cuales se pudiera observar la conmovedora ceremonia que a las 12 iba a celebrarse.

Poco después de las doce llegó dicho periodista al muelle de Caballería. "A fuerza de trabajo — dice — conseguimos abrirnos paso a través de la masa imponente del pueblo allí congregado". Tuvo la suerte de ser invitado a presenciar la ceremonia a bordo del crucero italiano *Calabria*, enviado expresamente por el gobierno de su nación — como lo fué también por el de Inglaterra, el crucero *Pisbi* — a los actos de constitución de la República. Un bote lo condujo a dicha unidad de la armada italiana, que mandaba el Capitán de Fragata Francisco Castilla y lo tripulaban 260 marinos. Al subir a bordo,

la banda de música ensayaba el Himno Bayamés, mientras que un grupo de marineros daba las últimas puntadas a la bandera cubana (hecha por ellos) que iba a ser enarbolada en el palo mayor del crucero al dar la primera campanada de las 12.

Situado el repórter en el castillo de proa, "provisto de un excelente catalejo", y acompañado de varios oficiales del navío, contempló cerca al crucero norteamericano *Brooklyn*, "el orgullo de la marina, como le llaman los americanos", que había tomado parte en la batalla naval de Santiago, "y hacía sus preparativos para saludar la bandera de Cuba Libre, con los mismos cañones que había empleado en Santiago".

En el *Calabria*

cinco minutos antes de las doce el corneta de órdenes tocó zafarrancho de combate; todos los oficiales y marineros corrieron a sus puestos; los artilleros se situaron junto a las piezas; la banda de música se colocó a la popa. Todas las miradas se dirigían a El Morro. La emoción más viva se advertía en todos los rostros. El oficial de guardia, cronómetro en mano, observaba la lenta marcha de la aguja en la esfera. "¡Las doce!" — exclamó.

Merece que, por su realismo, ofrezcamos a los lectores, aunque no sean más que en síntesis, las impresiones que el repórter de *La Discusión* captó de este, el más trascendental minuto en la historia de nuestra patria:

En aquel momento una exclamación inmensa, sobrehumana, resonó en el espacio. Los cañonazos, los gritos delirantes de la multitud, los pitos y las sirenas de los buques surtos en puerto... todo esto confundido en algarabía formidable, formaba un conjunto imposible de describir... Y entre tanto, la bandera americana... descendía con lentitud de todos los edificios, de todas las fortalezas, en todos los buques... donde por tres años había flotado... Todas las cabezas estaban descubiertas, por todos los rostros corrían lágrimas... Por un instante las astas aparecieron desprovistas de banderas. De repente, y con ese efecto mágico que ofrecen las escenas de los teatros, al cambiarse una decoración, en los mismos sitios donde había flotado el estandarte de la gran república, apareció soberbia, orgullosa, admirable y admirada, la bandera amada de nuestra heroica patria, la bandera que empapada en día no lejano en la sangre de nuestros hermanos y en las lágrimas de nuestras madres, daba al aire sus pliegues victoriosos proclamando el advenimiento de Cuba a la vida nacional.

No quedó a la zaga el repórter de *La Lucha*, en la vívida pintura del entusiasmo popular al contemplar izada en El Morro la bandera cubana:

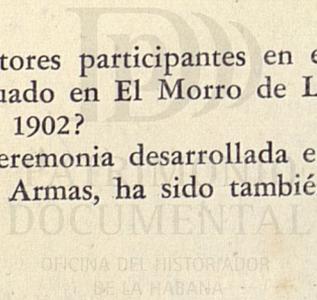
Un estremecimiento mágico electrizó las fibras de todos y lágrimas de alegría bañaron muchos rostros y aclamaciones sinceras brotaron de todos los corazones, que rebosantes de júbilo parecían desprenderse de los pechos de los patriotas. En aquel acto tan patético pudimos observar a la anciana cuyos hijos perecieron en el fragor del combate, a la viuda cuyo esposo murió en el cadalso, al hermano que vió caer en la pelea a dos de los suyos más queridos... todos conmovidos, todos llorosos, enternecidos, recordando tantos sacrificios y tantos esfuerzos realizados, vitoreaban sin cesar la bandera que al ondear sobre El Morro lucía más linda, más gallarda que nunca.

Y anota que

muchas señoras y señoritas y no pocos hombres fornicados, sufrieron síncope en el momento de izarse la bandera.

¿Quiénes fueron los actores participantes en el cambio de banderas efectuado en El Morro de La Habana el 20 de mayo de 1902?

Al igual que sobre la ceremonia desarrollada en el Palacio de la Plaza de Armas, ha sido también



falseada o tergiversada la escena ocurrida en aquella fortaleza, haciéndose aparecer como protagonistas a quienes no intervinieron en ella.

El que fué nuestro querido amigo Enrique H. Moreno — testigo del cambio de banderas el 20 de mayo de 1902 —, nos escribió, a ruego nuestro, una carta con fecha 16 de mayo de 1943, donde nos descubre nuevos errores:

Como supongo que usted me pregunta sobre este acontecimiento de la bandera, con fines de seguro provecho para el esclarecimiento de la verdad histórica, me tomo la libertad ahora de hacer algunas referencias a la izadura de la bandera, el propio 20 de mayo de 1902, en El Morro, sobre cuyo asunto se han dicho cosas no ciertas, claro está que sin ánimo de burlar la verdad de los hechos, sino por error de información.

Y nos cita las veces en que se cometió esa deficiente información.

La primera de ellas, por el Teniente del Ejército Libertador Carlos Méndez Rodríguez, quien en artículo publicado en el número de agosto de 1939, de la revista habanera *El Jubilado*, refiere su participación, como Tesorero Pagador, encargado de las propiedades de la Capitanía del Puerto y sus anexos, a cuyo frente se hallaban entonces el Mayor Fred S. Foltz, en el cumplimiento de las disposiciones adoptadas para el cambio de banderas en El Morro. Afirma que la enseña cubana

fué adquirida por cuestación popular, iniciada por el Coronel Manuel María Coronado, Director de *La Discusión*, centavo a centavo, níquel a níquel y se me entregó en los primeros días del mes de mayo en la propia Capitanía del Puerto por el Mayor General Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, y el General Enrique Loynaz del Castillo.

Expresa que medía "veinte varas de largo por doce de ancho; es de seda con la estrella bordada también en seda blanca".

Expresa que la bandera

debía ser izada por el Generalísimo Máximo Gómez, como jefe supremo del Ejército Libertador de Cuba, pero en el momento preciso éste dijo: "¿Quién mejor puede hacerlo que este mambí, símbolo viviente del patriotismo cubano?", y señalaba para el Teniente Coronel Rafael Izquierdo, inutilizado en la guerra, allí presente, a quien le faltaba un brazo, dos dedos de la mano que le quedaba y parte de la cara, teniendo todo el cuerpo lleno de cicatrices de heridas de bayoneta, el cual fué abandonado, creyéndolo muerto, por las tropas españolas, en un encuentro con nues-

tras fuerzas en la provincia de Matanzas, y curado después milagrosamente, volvió en una expedición a la manigua.

Se atribuye a la participación de este veterano libertador mutilado, la circunstancia de haberse detenido varias veces en su ascensión la bandera cubana.

Esa misma versión, ligeramente ampliada, del Teniente Méndez Rodríguez, la publicó el *Diario de la Marina*, en su sección de rotograbado del 31 de mayo de 1942; y la copió el doctor Tomás de Jústiz en el discurso que como Presidente de la Academia de la Historia de Cuba, leyó en la sesión solemne celebrada el 10 de octubre de 1939, que fué publicado en los *Anales* de ese año.

Pero el doctor Bernardo Núñez, hijo del Mayor General Emilio Núñez, restableció la verdad histórica sobre ese hecho y sus actores, en el número de *El Jubilado*, correspondiente al mes de junio de 1942, presentando como prueba concluyente, una fotografía que reprodujo dicha revista, tomada minutos después de haberse realizado el acto trascendente, así como copia literal del acta levantada al efecto.

Transcribimos el acta, que explica a su vez, la fotografía:

En el Castillo del Morro, ciudad de La Habana, a las 12 y 14 p. m. del día 20 de mayo de 1902, reunidos los que suscriben, como miembros de la Comisión de Veteranos de la Independencia de Cuba, designada por el Consejo Local de La Habana, con objeto de llevar a cabo el acto de izar en este Castillo la bandera de Cuba, en sustitución de la de los Estados Unidos de América, de acuerdo con lo dispuesto por el Gobernador Militar de la Isla, representante legal del Gobierno de los Estados Unidos, y cuyo acto envuelve el traspaso de soberanías al pueblo de Cuba, se determinó obrar de conformidad con el jefe militar de dicha fortaleza, Teniente del Ejército americano E. A. Stuart, quien una vez arriada la bandera de su Nación, después de los saludos de ordenanzas, se retiró comenzándose el acto de izarse la bandera cubana, que se llevó a efecto en un solo acto por todos los firmantes entre vivas y aclamaciones a Cuba Libre y a la Nación americana.

Y en conmemoración de tan solemne acto y para constancia se extiende la presente, de la que se reproducirán tantas copias como miembros compusieron la Comisión predicha, firmándolas todos los presentes.

General Emilio Núñez, Coronel José C. Vivanco, Coronel Enrique Núñez, Coronel Miguel Iribarren, Coronel Orencio Nodarse, Teniente Coronel Rafael Izquierdo, Coronel Manuel María Coronado, Teniente Coronel Joaquín Ravena, Comandante Eliseo Cartaya, Comandante Domingo Herrera, Comandante Arturo

503

Primelles, Comandante Laureano Prado, Comandante Antonio V. Ziskay, Teniente Narciso López.

La referida revista aclara que el Teniente Carlos Méndez

nos encarga hagamos constar que, desde luego, él no presencié los hechos que relata en su trabajo aludido, pues sus deberes oficiales como alto funcionario entonces de la Capitanía del Puerto exigían su presencia en otra parte y que simplemente se limitó a hacerse eco de una versión corriente en aquellos días.

Firma esa nota, por la redacción, Pedro Osorio.

Ratificando la referida acta, se suscribió el 20 de mayo de 1942, otra, que firmaron el Comandante Domingo Herrera, el Teniente Coronel Joaquín Ravena, el Teniente Narciso López, el Comandante Antonio Ziskay y el Brigadier José Clemente Vianco,

a fin de dejar una vez más consagrado ese hecho histórico-patrio, que quedó plasmado, en una fotografía que es de público dominio, y a instancia de crecido número de veteranos, que así nos lo sugiere, no ya sólo en honor de la verdad histórica que lo exige, sino de la sagrada memoria de ilustres compañeros desaparecidos que concurrieron a firmarla.

Esa fotografía y acta la reprodujo el *Diario de la Marina* el 20 de mayo de 1943.

Concuerdan los hechos relatados en el acta primera, con las versiones publicadas el día 21 de mayo por los diarios *La Discusión* y *La Lucha*. El primero agrega, que los veteranos cubanos recogieron en sus

brazos la bandera americana, para que no tocara en el suelo, lo que conmovió al oficial y soldados americanos presentes, y que más de cuatrocientos brazos tiraron de la cuerda al izarse la bandera cubana, la que "subió, detúvose un instante y ascendió más"; y el segundo refiere que al arriarse la bandera norteamericana "disparó la fortaleza de La Cabaña 45 cañonazos, uno por cada una de las estrellas de la bandera interventora"; y que al izarse la cubana, "fué saludada con 21 cañonazos" y las salvas de los cruceros americanos, inglés e italiano, y que el numeroso público que llenaba la explanada de El Morro, se abalanzó también sobre los veteranos, ávidos de elevar hasta lo más alto la enseña gloriosa de Las Guásimas y Palo Seco, de Coliseo y de Cacarajícara".

NOTAS:

- (1). — *Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba*, t. I, La Habana, 1876, p. 86-87.
- (2). — Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la Isla de Cuba*, t. III, Madrid, 1863, p. 61.
- (3). — Pedro José Guiteras, *Historia de la Conquista de La Habana (1762)*, Filadelfia, 1856, p. 133-134.
- (4). — Antonio José Valdés, *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana*, La Habana, 1813, p. 175-188.
- (5). — Antonio Bachiller y Morales, *Cuba: Monografía histórica*, La Habana, 1883, p. 161-171.
- (6). — Ob. cit., p. 131.
- (7). — Ob. cit., p. 125.
- (8). — Francisco Marín Villafuerte, *Historia de Trinidad*, La Habana, 1945, p. 84.
- (9). — Ob. cit., p. 85.
- (10). — Ob. cit., p. 89.
- (11). — Ob. cit., p. 93.
- (12). — Rafael Martínez Ortiz, *Cuba. Los primeros años de independencia*, París, 1929, t. I, p. 24.